

Neoliberalismo y vaciado de la educación pública

J. Gimeno Sacristán
Universitat de Valencia

La fiebre neoliberal nos promete el mejor de los mundos posibles como la única metanarrativa -proyecto global para gobernar la economía, la sociedad y el progreso, en general- apoyada en el economismo como único fundamento, rehaciendo los supuestos bajo los que se han configurado los sistemas de educación modernos.

Esta hegemonía corre pareja a la crisis de las ideologías (que en realidad es, fundamentalmente, la de la izquierda), cuando se predica la tesis del final de la historia (suponiendo que la labor de búsqueda de las sociedades para encontrar el modelo más adecuado para organizarse ha concluido, puesto que se ha encontrado el mejor de los posibles, sustentado en la democracia liberal y en la economía de mercado).

Se presenta como un modelo para abordar los retos de este final de siglo, una forma de entender las relaciones sociales, un modelo de ciudadano y como la racionalidad (la única) para organizar y gestionar servicios. Es la gran ideología de nuestro tiempo, toda una filosofía, una cosmovisión, para una etapa sin utopías. Por eso es tan decisivo considerar su impacto en la educación, como guía para estructurarla y como contenido de su-proyecto cultural.

A deteriorar lo público

Como es sabido, el motivo fundamental sobre el que se articula esta filosofía ecuménica es el freno a propiedad pública de los medios de producción, de los servicios,-de las comunicaciones y apoyo a todo lo que sea iniciativa privada. Freno, como primera medida, a la expansión y a la inversión. Incluso con el pedagógico afán de que los consumidores valoren lo que les da, porque si es gratuito no lo aprecian. ¡Intentad vender un producto que alguien anda regalando!, dice uno de sus profetas (1). Si no hay resistencia, procederá a la simple aniquilación. Si la hay o si es previsible, para evitar el conflicto social que pondría de manifiesto la cara oculta de su modelo, lo que le llevaría a perder apoyos electorales, emprenderá, un lento y progresivo deterioro que, a la postre, haga realidad lo que predica: que la gente elija la educación privada porque ya será evidente que realmente es de mejor calidad que la pública. Mientras, irá articulando el discurso para reconvertir las representaciones sociales y proponiendo medidas más templadas: servicios educativos públicos, pero con modelos de gestión y de evaluación que evidencie la rentabilidad de lo invertido, como si la educación y los centros en los que se imparte fueran unidades de producción a las que aplicar doctrinas propias del eficientismo empresarial.

Restablecer los valores conservadores

Como, por muy neoliberal que sean su profetas y ejecutores, tendrán que reconocer que la escuela pública es necesaria, porque nadie es tan inhumano como para dejar sin un puesto

escolar a los necesitados, como saben que la educación es un recurso importante para que los actuales mercados sigan funcionando y como es preciso un cierto orden social, el modelo de educación pública habrá de ser mantenido. ¿Para quiénes? Desde luego, no para los neoliberales. Como es impresentable decir aquello de que *si a los que no tienen medios hay que pagarles la educación pública, a mí que me compensen y que no me la impongan, al menos que no me obliguen a estar junto a esa gente*, tendrán que hilar más fino. Hay que inventar soluciones menos radicales que les asegure un mercado regulado propicio a sus intereses y confeccionar otra retórica con argumentos más respetables.

El conservadurismo más tradicional verá una oportunidad de apoyarles, porque es la ocasión de volver a imperar sobre el Estado laico y democrático que tiene un proyecto propio descargado de ideología. Los conservadores tradicionales no creen tan ciegamente en el economicismo, pero les resulta coyunturalmente bastante útil. A cambio de ese apoyo reclamarán el precio de su ayuda: restablecer su orden en los valores a transmitir.

El cheque escolar

La primera argucia en el piano de la re-elaboración ideológica del neoliberalismo consiste en ligar el concepto de servicio público a todo tipo de educación para evitar que le digan que la iniciativa privada se guía por intereses particulares y no por el interés general, porque, todos los modelos cumplen una función de interés público. Tiene el carácter de público no sólo la oferta de educación que hubo que montar para garantizar el derecho a la misma que, como tal derecho, era gratuita, sino que adquiere ese carácter cualquier otro tipo de oferta. Y como todas satisfacen el derecho a la educación deben ser financiadas también. A partir de esta plataforma garantizada legalmente en democracia, ¿por qué no dar un paso más? ¿Por qué no ir convenciendo a la gente de que, aunque ellos no se preocuparon de la educación de todos por igual (¡Hay que olvidar el pasado y no ser rencorosos!), ahora sí están dispuestos a brindar su servicio a todos porque su modelo es de mejor calidad? Insuflarán en la gente la bonita idea de que todos deben poder elegir, de lo contrario no se garantiza la libertad. La solución es la financiación pública al estudiante directamente, y no al puesto escolar, para que pueda elegir el establecimiento en el que aprovecharse del servicio pagado de la educación. Así se logra, de paso, quitar al Estado el poder de intervenir en la vida civil y' en la cultura y se garantiza el derecho a la libertad (es la fórmula del *cheque* escolar). Lo que no dicen es qué suelen hacer o qué piensan hacer para evitar la mezcla social y qué sería de aquellos para los que no exista un supermercado donde elegir qué consumir. No importa, esos no son sus electores:

La rentabilidad de los centros públicos

Como los centros escolares públicos, con una masa importante de personal, están ahí y no se pueden vender en pública subasta, pues sería escandaloso y no habría compradores, y como la fórmula de capitalismo popular daría acciones a los usuarios y a lo peor derivaba en cooperativismo autogestionado, hay que moderarse en los afanes privatizadores y regular, eso sí, muy -bien el tipo de mercado que ellos quieren. Los centros públicos hay que convertirlos en otras *unidades productivas* más, cuya subsistencia debe depender de su rentabilidad, que se mide por la aceptación del cliente.

Aprovechando esa limitación para la salvaje privatización, se puede, haciendo gala de las virtudes liberales, aceptar que el modelo de escuela pública es querido por algunos todavía y, por lo tanto, es preciso organizar la competencia dentro de un mercado donde las opciones compitan por captar al cliente que, como es sabio, -máxima del mercado- siempre

elegirá lo mejor. Aunque sabemos que en el mercado se venden productos engañosos, la culpa de que subsistan reside en quienes no saben detectarlos. Como la batalla a dos bandos, entre los centros públicos y privados, por hacer entrar en sus dependencias al cliente sería desventajosa para los segundos, porque aún son menos, la lucha debe ser también dentro del sistema público. Así se le da valor de universalidad al modelo y se ofrece como una solución que estimula profesionalmente de los profesores. No importa ignorar que las diferencias de calidad entre los centros públicos no se sabe muy bien a qué se deben, si es que existen, aunque sabemos que depende de las diferencias sociales. Su esquema de racionalidad lo explica todo: simplifican la explicación de las diferencias diciendo que los centros públicos de mala calidad, con la planificación que les garantiza la clientela, se anquilosan. La copiosa investigación que detecta la existencia de numerosos factores que se entrecruzan en la determinación de la calidad y lo difícil que resulta aislar empíricamente el efecto de cada uno de ellos se olvida.

Enfrentar al profesorado

Con ese mecanismo de control ejercido por el cliente se evita que los _profesores se dediquen a reclamar más y más privilegios y así pasarán a preocuparse más de su subsistencia en el libre mercado. Además, compitiendo unos con otros se organizarán menos entre sí. Estos profesionales, dejados al amparo de una empresa pública, acaban haciéndose fuertes, la mayoría se vuelven ineficientes y, cuando piensan y se organizan, hacen la educación que ellos quieren y no la que los padres desean. El neoliberalismo no tolera esta apropiación. Porque negada al Estado la capacidad de crear empresas no le iban a dejar arbitrar lo que son los bienes que deben lograrse a segmentos sociales corporativizados. Además el Estado es perverso y organizaría un modelo educativo uniforme para todos, anulando la libertad y poniendo trabas a la expresión de la riqueza humana que se expresa en la diversidad. Eso le compete a los consumidores, que, como en el caso de la educación son seres inmaduros, su porvenir le corresponde decidirlo a sus progenitores. Hay que sustituir el Estado por el poder de las familias. Sólo quienes tengan hijos en la escuela se arrojan el derecho de decidir sobre la educación de todos los ciudadanos. Apelando a la libertad de decidir se oculta el carácter retrógrado de ese modelo de organización social premoderno.

Homo economicus

Para hacer presentables sus propuestas ideológicas y su modelo social, obviamente, no puede declarar que se trata de una doctrina insolidaria, porque el mercado se apoya en la máxima fundamental de que unos pierden y otros ganan, montada sobre el sálvese quien pueda, sobre el individualismo asocial que reduce al ciudadano a la vida privada y el Estado a las familias, sobre el darwinismo social y sobre la antropología del *homo economicus*, que parte de la premisa de que a la naturaleza humana la guía,

como motivación fundamental, la búsqueda del máximo beneficio. No dirá que todo ello conduce a que existan cada vez más diferencias sociales y que caminemos a una desintegración social que no podrán corregir las cárceles como alternativa a las buenas escuelas. Todo eso lo encubre con el canto a la libertad, a su concepto de libertad, y recurriendo al valor pedagógico estimulante que para los individuos supone tener que asumir decisiones.

La eficacia de la actuación en el plano simbólico se completará con dos facetas más. Una, de negación de información, y otra de elaboración de mensajes publicitarios muy elementales para que sean fáciles de captar.

Aumentan las diferencias

Tendrá que ocultar en qué situación están quedando los sistemas educativos a los que se han aplicado estas políticas, que, como en el caso de los latinoamericanos, tuvieron grados de calidad y de extensión aceptables. Tendrán que callar los resultados de que ya dispone la investigación al respecto, que asegura que con esa dinámica las diferencias sociales entre los niños que acuden a unos y a otros colegios se acentúan, que la integración de culturas y de razas se dificulta, que no es cierto que todos pueden elegir **(2)**.

Bajo el simplismo de su pan-economicismo no dirán que la idea de competir entre sí y de diferenciarse es un cambio de la orientación que se venía asentando en los valores de universalidad, solidaridad, tolerancia e igualdad bajo los que se emprendieron las reformas más importantes en el siglo XX, basculando con el mercado hacia un sistema más atomizado y haciendo retroceder el principio de la comprensividad, consistente, como sabemos, en que todos los alumnos, sea cual sea su capacidad, origen, género o clase social se eduquen juntos.

En otros países,

Y ocultarán la más elemental realidad: que España es el país de la OCDE donde más peso tiene la enseñanza privada obligatoria no-universitaria (34% de la oferta), sólo superada por los Países Bajos y por Bélgica (modelos de sus libertades); muy por encima de los EE.UU. (11 %) y del Reino Unido (7%), referentes prácticos de su ideología y de sus políticas económicas, para no acudir a la Francia origen de tantos males inducidos por la educación pública, o a la eficaz Alemania (4,5%) **(3)**. No importa. En vez de reconocer que nuestro proceso de modernización ha ido retrasado y que al sector público, además de menos desarrollado, le faltan todavía recursos para ganar calidad, aunque seamos los más "privatizados", se dirá que por eso están revisando sus sistemas públicos los países donde tienen tanto peso, para evitar sus pasados errores. ¿Cómo queremos ir a la meta de la que otros vuelven?

Los peores y más privatizados

Como se ocultará, para no alarmar, que, aún teniendo nosotros tamaño *privilegio* de tener el sector público de educación menos desarrollado, somos uno de los países con un sistema escolar que más baja calidad muestra en las evaluaciones comparativas internacionales **(4)**. Así se evita que alguien, manipulando la estadística, se haga la pregunta acerca de que, si la enseñanza privada es tan buena, ¿cómo es que estando entre los países más *privatizados* somos de los peores?. Si la enseñanza privada es mejor que la pública, ¿por qué en la evaluación global de los sistemas esa relación no se puede mantener?

Una correlación que no debemos explotar de ningún modo como argumento contra la enseñanza privada, por supuesto. Porque no pretendemos atacar a la iniciativa privada, sino a los que atacan a la pública,, a los que la deterioran. Los ácratas, los libertarios, los que propugnan la anarquía social ahora son algunos conservadores, aliados con los simplificadores del mercado y con los insolidarios.

Seguirán machaconamente divulgando la idea de que la oferta privada es de más calidad que la pública, aunque no presenten evaluación rigurosa alguna que justifique tal creencia; porque la única evidencia cierta es que a los centros privados acude un promedio de hijos de padres con más recursos económicos y culturales. Una condición que se sabe desde hace mucho tiempo que va ligada al éxito académico de los hijos. Con más medios de los que tienen, sí que los centros públicos pueden competir en calidad con los privados, aunque no debemos entrar en esa lógica, porque en la comparación global el rendimiento les será desfavorable. A cambio de esa "deficiencia" están cumpliendo una función social que los privados no realizan.

Y si esos argumentos de la libertad, el respeto a las diferencias, la eficiencia y la calidad no son suficientes para convencer, la ideología se inoculará de manera más rápida conectándola con preocupaciones reales en capas amplias de población. Hasta se carecerá de los escrúpulos para utilizar los temores que provocan ciertas lacras sociales, como la droga o la violencia, ligándolas directa e indirectamente a los centros públicos (5).

Pública sí, pero...

La conclusión será, escuela pública sí, para el que la quiera, pero sin derroches, bien gestionada y mirando con lupa los resultados que obtiene para justificar lo que nos cuesta. Porque, una vez que les damos a todos un puesto escolar, tienen la tierra de promisión abierta y si no aprovechan ésa oportunidad es un asunto de su exclusiva responsabilidad. Compensarles para que acorten distancias les acostumbra a la dependencia y anula su iniciativa y hasta el orgullo de su propia dignidad. La antropología del neoliberalismo dice que el ciudadano dejado en libertad alcanza sus máximos rendimientos. Hablar de determinismos sociales es cosa trasnochada de obsesionados con las clases sociales que ya no existen; lo que sí existe -dirán- es una *distribución natural* de las capacidades humanas en forma de curva normal o de campana que expresa leyes de la naturaleza que nosotros no podemos corregir. Como mucho dejemos que la sociedad por sus mismos mecanismos de ajuste se vaya perfeccionando, que ella sola encontrará su camino.

La lección es clara:

a) Hemos de contraatacar en el terreno simbólico para deshacer y contrarrestar su ideología. La educación es un derecho y no se puede someter a las leyes del mercado, porque la educación no es un objeto material, sino un bien cultural. Hay que buscar el que todos puedan acceder a él y en las mejores condiciones, iguales para todos, de acuerdo con las demandas, retos y necesidades de cada momento histórico. No basta tener un asiento en un aula.

Es preciso negar que las leyes del mercado *per se* garanticen la calidad y la eficiencia. Y lo hemos de hacer con evidencias. Hemos de rescatar las ideas que dieron sentido a los proyectos universales que vertebraron ideológicamente la expansión de los sistemas educativos y ser más cuidadosos con los cánticos a las diferencias. Hemos de hacer ver y de hacer notar que la calidad se puede consensuar y que hay sobrados referentes para estructurar un contenido para la misma sin que tengan que ser los consumidores los que con su elección digan qué es y qué no es calidad, borrando de un plumazo las luchas históricas por una profesionalidad orientada por criterios sociales, científicos y pedagógicos. Esto no es borrar a los usuarios del mapa definido por los ilustrados o los expertos, sino una llamada a la preeminencia de las ideas y de los ideales discutidos comunitariamente.

b) Pero hemos de aprender algo que es esencial, previamente: que en democracia la sociedad civil tiene un protagonismo y que no podemos permanecer en la enseñanza pública sin ser sensibles a las necesidades de esa sociedad. Hay que estar al lado, colaborando con la comunidad, creando comunidad. Hay que comprender y hacer ver que no es la participación de las familias la que nos amenaza, sino, precisamente, lo que nos permite "contaminarles" racionalmente con nuestros proyectos. Que atendamos un servicio donde respetamos al cliente porque nos pagan por ello. Que no podemos ser "propietarios" de un servicio sin evaluar entre nosotros para qué sirve lo que hacemos. Que no podemos tolerar con pasividad la mala actuación de colegas que enturbian nuestra imagen. Que cuando reclamamos calidad no sólo pedimos más recursos, sino que consideramos los procesos que desarrollarnos en las aulas. Finalmente, debemos aprender que la burocracia organizada del sistema escolar quizá nos haya contaminado demasiado y hay que poner en discusión nuestras pautas de comportamiento. El mercado no lo merecen los estudiantes y alguna de sus argucias argumentales se apoyan en defectos del sistema público. Si perdemos el espacio democrático de la escuela pública que no sea por nuestra dejación.

La calidad, nuestra bandera

La izquierda no puede refugiarse en las trincheras de las reivindicaciones clásicas y en la defensa de lo conquistado, reclamando más de lo mismo. La sociedad y la cultura han cambiado enormemente y el sistema escolar heredado exige perfeccionarse y discutirse. La derecha triunfa a través de las urnas y eso significa que sus argumentos conectan con una base social. Los neoliberales rellenan su argumentación con cantos a la calidad, no les dejemos que monopolicen esa bandera.

Notas

- (1) **FRIEDMAN, M. y R.** (1980), *Libertad de elegir* Barcelona. Grijalbo
- (2) **GEWIRTZ, S.** (1995), *Markets, choice and equity in education*, Buckingham. Open University Press.
- (3) **OCDE**, (1993), *Education in OECD countries*. Paris.
- (4) **OCDE-CERI**, (1993), *Education, at a glance* OECD indicators. París.
- (5) **Declaraciones de responsables de la patronal laica privada recogidas por el periódico EL PAÍS** (27-4-96)